

TE CONVERTIRÁS EN UN EXTRAÑO

NICOLÁS CAMPOS FARFÁN



*Conocer de verdad a alguien no significa nada. La gente cambia.
A una persona quizá hoy le guste la piña y mañana otra cosa*
Wong Kar-wai

Quise ser testigo de la partida, pero me pasó inadvertida
Antonio Di Benedetto

**El sonido de un cassette
cuando se acaba**

No hay públicos ni lugares indignos, repitió Jonathan. No era su ética, sino nuestra necesidad, la de nuestra banda. A esas alturas ya sabíamos lo poco conocidos que seríamos. Bajo esa premisa, si se le puede llamar así, aceptó llevarnos a tocar a esa playa. Ninguno quería ir, pero iba a ser complicado conseguir otra tocata. Él mismo conducía la camioneta. También era el jefe en todo lo que fuera práctico. Yo controlaba lo demás, pero eso sólo lo sabía el mismo Jonathan. Los demás integrantes no importaban tanto y siempre los fuimos cambiando.

Era sábado y era Semana Santa. Salimos de Santiago bajo la lluvia y al atravesar el túnel Lo Prado hallamos un paisaje radiante, luminoso. Eso nos animó. Pasamos por el camino a Valparaíso. Pasamos por fuera de Viña del Mar y por Concón. A partir de ahí el paisaje se degradó. Veíamos menos árboles, menos carteles publicitarios, menos vida. Dejamos atrás Quintero y enseguida entramos a una zona industrial, un fondo hecho para una película post apocalíptica. Justo cuando creí que dejaríamos atrás esa zona, Jonathan dobló a la izquierda y entró a un pueblo encostrado a la orilla de una laguna: Ventanas. Vimos cómo la laguna se extendía, a continuación parecía alargarse y terminaba por desembocar en el mar.

Esta es la playa, llegamos, dijo Jonathan.

Faltaban cuatro horas para tocar. Fuimos a comprar cervezas. Tocaríamos en una suerte de festival y nos pagarían al llegar. Y cuando llegamos, nos pidieron no hacernos ver entre la gente antes del show, aunque ya durante la tarde habíamos recorrido unos roqueríos y una playa pequeña. Allí acampaban muchos para beber y luego asistir al concierto.

También fuimos a un local de videojuegos. Metí fichas en el *King of Fighters* y el *Sunset Raiders*. Jonathan jugó al *Cadillacs and Dinosaurs*. Si allí alguien nos reconoció, no lo supimos.

Éramos la penúltima banda del cartel. No iba a tocar otra que conociéramos. El escenario apuntaba al mar y el público se ubicaba en la playa. Pronto oscureció y comenzó a tocar una banda local. Me encargué de afinar las guitarras y de programar el teclado y las pedaleras. Entretanto, miré a Jonathan y a Germán, nuestro baterista. Incómodos, casi nerviosos, compraron una botella de pisco para calmarse. El público nos pareció cualquier cosa. No sabíamos qué esperar. Seguro nuestras diez canciones iban a pasar inadvertidas.

Salimos después de una banda de covers. Tocamos las canciones conocidas. La respuesta fue tibia y no nos importó: con eso nos conformábamos. Unas cuarenta personas se fijaban en nosotros.

Entre ellos había un tipo cantando todas nuestras canciones. Jonathan lo vio, me lo señaló. Solo, con una vehemencia insólita, considerando que alrededor no tenía el menor apoyo, parecía un loco. Tocamos una de las canciones de nuestro primer disco, y también la cantó, en voz alta. Se acercó al escenario. Hizo unos gestos hacia nosotros. Nos pidió una canción.

¿En serio te la sabías?, le dijo Jonathan.

Él le indicó que sí, y Jonathan lo invitó al escenario.

Cuando subió, la gente se entusiasmó. Les dio risa verlo allí. Todos conocían, supuse, a ese muchacho de ropa oscura que parecía metalero. Lo despreciaban, era claro. Y él no se extrañó por los gritos y silbidos. Al contrario, sonreía. Temí que hiciéramos el ridículo, que gritara como desahogado, que hubiéramos caído en una broma. Pero se sabía la canción y su voz era afinada, casi bonita. La excitación y la burla de la gente, contra la calma que sentí al oírlo, fue en aumento. Había algo brutal en ellos, unas ganas

de destruir todo lo que les resultara raro, y ese muchacho era el raro allí. Y a nosotros, por una suerte de contagio, también nos convertían en raros. Mientras tocaba, miré el mar y los miré pensando en lo hermoso que sería si una ola gigante viniera y, filosa, los cortara en pedazos. O que una ola de ácido sulfúrico los quemara, o un aluvión de vómito los tapara. Tocamos tres canciones más con él, cortesía de Jonathan. Estuvo encantado. Con ese público nos dio lo mismo hacer una presentación normal. Se convirtió en una tocata para una sola persona, contra los demás.

Cuando recogí los instrumentos noté que Jonathan estaba ebrio. Podía tocar así, lo sabía de sobra, pero no manejar. Aparte, la camioneta era suya y era el único que conducía. Me dijo que quería beber más.

No quiero volver ahora, agregó casi suplicante.

Terminamos en la playa, en los roqueríos, tomando cervezas con un grupo de desconocidos. También nos acompañó el muchacho que había subido con nosotros al escenario. Su nombre era Renato. Había tocado antes en el escenario con otra banda, y la reacción de la gente fue igual o acaso peor, porque tocó doom metal. Hacía frío, soplaban un viento muy ruidoso y les preguntamos a los muchachos si había cerca algún bar abierto. No lo había, o sólo había bares para viejos. Pero surgió otra opción: Renato nos invitó a su casa, a diez minutos, en otro pueblo. Nos dirigimos hacia allá, siete personas en la camioneta, con Jonathan conduciendo exageradamente despacio. Salimos del pueblo, pasamos junto a la laguna contaminada que vimos al llegar y ahora, al contrario de la primera impresión, parecía brillar. En su orilla, entre los juncos, reposaban unas aves blancas como garzas.

Renato vivía solo, en la casa que perteneció a sus abuelos. Allí se apuró a mostrarnos una habitación llena de discos, vinilos y cassettes. Me vi hurgando todo, ávido, en especial los vinilos. Fueron de su padre, me contó. Después

me percaté de una gran colección de cassettes grabados por él mismo. En los lomos de las cajas se distinguía, con variaciones, la misma caligrafía, el mismo esfuerzo para imitar los logos de las bandas con lápices scripto y marcadores fosforescentes. Me pregunté cómo había conseguido esos discos, era una empresa difícil, y tuve que preguntarle cómo conocía nuestras canciones. Consiguió una tocata hecha en una radio; un amigo suyo se la grabó. Hasta lo hacía por correo, me explicó, con ciertos conocidos intercambiaba material.

Jonathan y los demás bebían y conversaban en el living. Germán estuvo pendiente de una chica de pelo caoba, bonita y antipática, hasta que desistió. Me vi de golpe interesado en Renato.

Trabajaba de soldador o de técnico en Gener, una de las industrias del sector. Su banda, me contó, no era un proyecto muy definido. Sus miembros eran dispersos. Él era baterista y sabía tocar todos los instrumentos básicos. Quiso saber si lo escuchamos en el concierto. Le respondí que no y me regaló un cassette con una grabación casera de su banda. Le aseguré que lo escucharía. Pasó un rato y conocí a un miembro de su banda, a quien parecía no gustarle nada en especial. A él le pregunté por Renato y me dio a entender que era, como supuse, considerado un freak, al punto de que se decía, tontamente, que era culpable de la muerte de sus abuelos. Entretanto, Jonathan se durmió en uno de los sillones, tapado con un abrigo negro, quizá de Renato. Yo andaba desvelado y en el equipo de música escuché algunos de los vinilos. También tomé vino y hojeé algunas revistas *Grinder* y *Kerrang*.

Renato iba y venía. Su mayor problema, pensé, era su entorno, esa gente que hacía mofa de su presentación. Le sugerí que no tocara más para tipos así, atrasados en todo. Le dije que saliera de ese pueblo y que, si seguía allí, lo más probable era que no lograra nada interesante. Estos lugares a

uno lo estancan, agregué. Se quedó pensativo y me dio la razón, pero dijo que allí tenía una vida hecha, con casa y trabajo. Hablamos de música, de discos, de revistas. Me mostró dos bandas, una noruega y otra inglesa, que tenían ciertas similitudes con nuestra música. También me preguntó si podía ir a vernos alguna noche cuando tocáramos en algún local pequeño. Le contesté que sí, sin comprender bien su pregunta.

Al final todos se durmieron. Junto a una lámpara, leí en una *Grinder* críticas de discos que no iba a escuchar. Y apenas amaneció, vi cómo Jonathan comenzaba a despertar y recordar sus problemas. Se levantó, fue a la cocina, tomó agua e inmediatamente quiso irse. Despertó a Germán. Él también quiso irse.

Jonathan se había ido a encender el motor de la camioneta. Para despedirme de Renato tuve que despertarlo. Le agradecí que nos invitara a su casa. Aturdido, se levantó y se abrigó. Le di la mano y le deseé buena suerte. En su cara había cierto pasmo.

Tardamos un año en sacar un nuevo disco. La recepción no mejoró. Tampoco fue peor, pero eso habría sido difícil. Incorporamos a un segundo guitarrista y cambiamos de baterista: adiós Germán.

Meses después tocamos en un bar del barrio Italia. Aún era agradable tocar allí, cuando era un barrio de viejos. Fue una sesión algo tensa, porque aún no cuajábamos con los nuevos integrantes. De esa noche, sobre todo, recuerdo un foco de luz blanca que sólo me dejaba distinguir a los que estaban cerca, junto a la tarima, y entre ellos alguien desentonaba. Aunque no era él quien desentonaba, sino su camiseta negra, con el estampado de dos lobos enfrentándose y con sus dientes ensangrentados, de la banda *Moonspell*. Me llamó la atención, pero me costó reconocer en él a Renato. Jonathan, en cambio, lo reconoció enseguida.

Ahora usaba el pelo corto, rapado a los costados. Sus facciones se endurecieron.

Apenas pudo, nos habló. Me preguntó por el cassette que me había regalado. No me gustaba, creía yo entonces, y sin embargo lo escuché muy seguido. Sospecho que lo que me atraía de esa grabación era poseer una obra única y, a la vez, privada. Sus acoples, la estática, los errores, incluso le daban gracia.

Lo he escuchado un montón de veces, le dije, sin agregar más. Sonreí. No le había mentido y quedó conforme y hasta, diría, feliz. Jonathan lo invitó a quedarse en el bar con nosotros. Él nos ayudó a recoger los instrumentos. Más tarde nos acompañó a la casa donde ensayábamos, y donde a veces yo dormía, en la calle Victoria. Dijo que debía irse pronto, pero fue quedándose. Salí al patio a fumar cuando oí que me dijo:

Oye, te hice caso, en todo lo que me dijiste.

Primero no le entendí. Me explicó que se había trasladado a Santiago. Le pregunté si estaba solo y contestó que sí. Ahora trabajaba en una fundidora en San Bernardo, cerca de la Panamericana, llamada Fundidora Gris. Su chaqueta de mezclilla, ahí me di cuenta, era una chaqueta de trabajador, con un parche con el nombre de la fundidora. Le comenté que parecía el nombre de una banda. Una banda de industrial, dijo, y nos reímos. Me habló sobre nuestro disco nuevo. Fue honesto, no se mostró entusiasmado y rescató un par de canciones. Le convidé un cigarro. Él me convidó un chicle. Su banda de allá, de Ventanas, tuvo su muerte natural. Trajo consigo la batería y sus instrumentos, pero no podía hacer mucho ruido en la pensión donde se instaló. Vivía con un grupo de peruanos y un haitiano, con quien congeniaba mejor. Se entendían en inglés, lo cual, por el lado de Renato, no era raro: los metaleros suelen escribir letras en ese idioma, en un inglés que correspondería a un país

imaginario, lleno de adjetivos sacados de libros de Lovecraft o Poe.

Lo felicité por ese cambio, y en verdad me agradó. Su situación no era mala, o no realmente mala, y supuse que mejoraría. Sin embargo, a medida que lo escuchaba tuve una sensación difusa y desagradable. ¿Acaso quería hacerme sentir así al contarme que me había seguido mi consejo? Si quiso provocarme cierta culpa, lo consiguió.

Con Jonathan lo invitamos a la siguiente tocata. Hablamos de otras cosas: de música, desde luego, aunque también de hechos de violencia. Me acuerdo en especial que Jonathan contó la historia de un tío suyo al que enterraron vivo en Rengo, acusado de robar caballos. Pasaron las horas y a Renato lo fuimos a dejar a un paradero en Vicuña Mackenna. Era de madrugada, en unas horas debía irse a trabajar. Seguí con Jonathan hasta la Alameda. Allí nos retiramos en direcciones opuestas. No le comenté nada sobre el asunto de Renato y su decisión, menos sobre la angustia que me generó.

Con los días esa angustia aumentó. Era la segunda vez que me pesaba esa necesidad frustrada de ayudar a alguien. Durante los días siguientes pensé qué podía hacer. Consideré la posibilidad de que Renato reemplazara a Gustavo, el baterista de entonces. Pero a Jonathan no le habría gustado, porque Gustavo era su amigo y el look de Renato —preví que argumentaría esto— desentonaba con el nuestro. Por otro lado, su estilo de tocar quizá era muy distinto. ¿Cómo podía ayudarlo? Nos iba mal, y la prueba fue esa tocata a la que invité a Renato. Se realizó en una discoteque en Américo Vespucio, a la que yo soñaba ir cuando niño sólo porque mi hermano mayor solía ir allí. La tenía idealizada, y ahora, con la poca asistencia, me pareció un lugar desabrido. Tocamos junto a la banda de un amigo de Jonathan. Esperé reconocer a Renato entre las caras del público, a la mitad de una canción, en uno de los movimientos del juego de luces. Creí

que me haría un mal efecto, una carga de conciencia. Ese efecto me llegó más tarde, y peor, cuando asumí que no iba a llegar.

El siguiente disco fue como el primero, con menos inspiración y mejor sonido. Dejó contentos a los que nos seguían siempre. A mí no, ni tampoco a más gente, aunque las críticas fueron mejor que nunca. Hicimos un lanzamiento y una pequeña gira. Y tras un receso, tocamos en una sala de teatro instalada dentro de un mall. Allí, en el patio de comidas repleto, encontré a Renato. Lo acompañaba una niña que por edad podía ser su hija. Seguía vistiéndose de negro, pero con una camisa y unos zapatos que le daban un aire de cantante de flamenco. No portaba ningún logo ni distintivo de metalero. Como cabía imaginar por ese aspecto, ya no era parte de ninguna banda. Fue lo primero que pensé, sobre todo al verlo con la niña. Y me volvió la idea de sentirme responsable por él. Más bien, me vino un eco de ese “te hice caso en todo” suyo. Lo saludé y le pregunté cómo le había ido. Resultó que al menos en lo profesional le iba bien. Seguía en el mismo rubro, con un cargo más elevado, de supervisor. Al comienzo evitamos hablar de música, pero terminé otra vez invitándolo a nuestra tocata. Vivía cerca, en un departamento en La Florida. Esta vez sí iba a asistir. La niña era su hija y debía llevarla a la casa de su madre en un rato. Dijo que volvería y lo vi irse. No hizo falta que me lo explicara: ya no tenía relación con la música. Las canciones del cassette que me regaló se habían perdido. Lo que era un borrador terminó como la única versión, y ni siquiera sabía cómo se titulaban sus canciones.

Terminado el concierto, otra vez nos ayudó a subir los bultos a la camioneta. Le sorprendió la cantidad de instrumentos que ahora usábamos. Daban una idea falsa, de que la banda había crecido. Le reconocí que se debía al aburrimiento o a la falta de creatividad, y no andaba tan errado. Las tiendas del mall habían cerrado, sólo algunos

transitaban hacia el cine. Era temprano aún y estábamos invitados a otra tocata en Bellavista. Jonathan no quiso ir (a esas alturas, con toda razón, no me soportaba), pero nos llevó en su camioneta hasta la plaza Baquedano. Terminamos, no sé bien cómo, formando un grupo inusual: Gustavo, su novia, Renato y yo.

De Renato esperaba algo vago, quizá que me convenciera de que le iba bien, aunque me costara creerlo. También quería saber qué impresión le dejaría la tocata. Íbamos a ver a RZ, un músico importante para mí y apreciado por pocos. Llegamos a un local cercano al zoológico, tanto que desde sus balcones podían oírse algunos rugidos. Había mucha gente, más de lo esperado. Pedimos unas cervezas y nos acomodamos en una suerte de balcón en el segundo piso, detrás de los focos de iluminación. Entretanto, esos mismos focos fueron apagándose poco a poco. Y cuando quedamos a oscuras iluminaron un círculo en el centro, el lugar del micrófono. Expectantes, nos callamos. Alguien tosió con ruidos secos de enfermo.

RZ apareció avanzando despacio. Usaba una silla de ruedas. Si era una broma, era repetida y mala. Algunos quedamos desconcertados; muchos no, así que pensé que quizá no lo era. En su regazo llevaba su habitual guitarra electroacústica, con cuerdas de nylon y cubierta con calcomanías, muchas feas, de las que encontrara. Bajó el micrófono y comenzó a tocar. Su sonido, caracterizado por un flanger profundo, estaba aún más crudo, o más desafinado. Lo suyo siempre fue difícil de paladear, pero esa noche llegó más lejos. Su voz estaba afectada, respiraba mal. Al terminar la tercera canción agradeció al público por asistir. Confesó lo difícil que le fue volver, pero dijo que ahora se sentía bien. Ya no se levantaría más de la silla. No lo había visto en casi un año. Como luego supe, sufrió un accidente laboral que lo dejó parapléjico. Esa noche armó

una maraña de ruido denso, espeso, mutante. Lo que ya era turbio, ahora lo era el doble.

Vino una segunda parte de la presentación. Un baterista y un guitarrista lo asistieron. Le construían bases rítmicas y él las rompía, las desarmaba. Gritaba. Alargaba los gritos. Se dañaba la voz a propósito. Se veía sucio. Se arrugaba al cantar. Estaba conmovido. Se apretaba las piernas y se las golpeaba. Agarraba sus pantalones y los tironeaba. Muchas personas se fueron después de oírlo, y él les mostraba una sonrisa torva. Perdón, le dijo a una pareja que se iba. En otro momento exclamó: por fin estoy libre de esperanzas. Terminó con una canción confusa acerca de un desertor perdido en una noche nevada, que luego cree orientarse gracias a la Cruz del Sur. Una canción que no volví a oír en ninguno de sus discos.

No le comenté nada a Renato. Quedamos igual de impresionados. Las canciones de RZ aguantaron sus autoflagelaciones, sus descalabros emocionales, y hasta se vieron potenciadas. Un remolino había atravesado nuestras mentes y corazones. Gustavo y su novia se retiraron. Nosotros pedimos otras cervezas y nos quedamos procesando lo visto. Salimos de ese local contentos y libres de esperanzas.

Publicamos, en vez de un disco, un armatoste de tomas en vivo, covers y desechos. Cuatro canciones se salvaban. La iniciativa fue de Jonathan, o de sus amigos. No tuve nada que ver con ese proyecto. De hecho, la banda ya no me interesaba. De pronto me di cuenta: no conocía a quienes me rodeaban. Era un simple trabajo y, si lo consideraba así, podía hacer cualquier otra cosa.

Volví a trabajar, por necesidad y por elección. Conseguí, por medio de un pariente, un puesto de jardinero o de conserje, no sé cómo definirlo. Tres días a la semana llego temprano a un condominio en La Florida, saco los tarros de basura y riego el pasto. No funciona mal: puedes escuchar música y nadie te da órdenes. Cuando termino de

regar, paso una mopa con limpiapisos en el interior del condominio, limpio una mampara, limpio los tarros de basura y después de eso me retiro. A las dos de la tarde quedo libre. Obviamente me pagan poco. No me preocupa, aunque me daría algo de vergüenza si me viera en eso alguien que me conoce por la banda.

Jonathan me ofreció otro proyecto, a mi medida. Con eso quería, de paso, convencerme de cederle el nombre de la banda. No firmé nada, no le acepté nada. Sólo le dije que no quería verlo más y le pedí la mayoría de los instrumentos, los micrófonos, un computador y un set de grabación. Busqué las llaves de la casa de la calle Victoria donde ensayábamos y junto a Renato fuimos a retirar lo que pudimos. No tenía un sitio donde dejar la mayoría de las cosas, así que las guardamos en un dormitorio en el departamento de Renato. Allí quedaron por unas semanas. Allí, por su interés, comprensible, terminamos armando un pequeño estudio. Le dije que lo ocupara, que grabara todo el tiempo que quisiera. No quería llevarme nada a mi casa ni tampoco quería estar allí. Durante esos días visité gente, vi películas, caminé mucho.

Lento, con timidez, cedimos a la idea de tocar juntos. Llegaba a su departamento a tomar once cuando él volvía de su trabajo. Más tarde bebíamos alguna cerveza o fumábamos. Tocamos guitarra y batería juntos y salió todo mal. Quise acercarme a lo que oí en su cinta, ese modo de tocar moroso y pesado, entrelazado con unos arpegios casi inconexos, artesanales. Nos grabamos, también en cassette, pero no hizo falta escucharnos para entender que iba mal. Hicimos algunos covers para soltarnos.

Una tarde llegué temprano al departamento y Renato me pasó un diario. Me indicó una noticia y se fue a la cocina para dejarme asumirla: RZ se había suicidado con una sobredosis de calmantes. Sus deudas acumulaban muchas facturas médicas, tratamientos, remedios y otros costos que

no quería ver aumentados ni dejarlos como carga a su familia. En una entrevista que la noticia citaba, RZ dijo que siempre había pagado sus deudas, pero ya no podía hacerlo y no sabía qué hacer. También dijo sentir asco por la falta de reformas en ese ámbito, por un sistema de salud tan corrupto. Su caso, sumándole su accidente laboral no atendido, reunía el desamparo de la música y del trabajo. Peor aún, estuvo en coma por unos días antes de fallecer. Sentí pena y hasta vergüenza. Quizá pude ayudarlo, por más que sólo hubiera conversado una vez con él.

A veces visitaba a Renato y allí estaba su hija, Yael. Atenta, ella se sentaba sobre un amplificador y nos oía tocar. Luego se aburría y se iba a ver tele. Renato me explicó que Yael nació de una relación que tuvo con una compañera de trabajo. Esta compañera era casada y junto a Renato duró unos pocos meses en lo que, menos que una relación, fue un tour de moteles, y terminó de vuelta con su marido, quien también trabajaba en la Fundidora Gris. Y cuando se dieron cuenta del embarazo, este matrimonio decidió seguir con la niña en camino, adjudicándole la paternidad al marido, como si fuera hija de ellos. Por eso Yael no tiene el apellido de Renato, y sin embargo a veces la dejan a su cargo. Por eso la niña parece tan independiente. Suele verlo como un amigo.

A tientas, seguimos tocando. Grabamos secuencias del sintetizador y la guitarra en el computador sin ningún programa específico, sólo la grabadora de sonidos del Windows 98. Los estiramos, los comprimimos o los filtramos con las pedaleras y los resultados fueron, a veces, sorprendentes. Llenamos muchas carpetas con archivos de sonido. Tuvimos que crear pistas de batería, porque el departamento no estaba aislado como para usar la batería de Renato.

Ni él es ya un baterista ni yo soy un guitarrista.

Nos perdimos.

Así estuvimos hasta la tarde de ayer. Jugando, nos basamos en unos ruidos a partir de la vibración de un acorde

extraño, tenso, en la guitarra. Los dejamos repitiéndose, en loop, y encima de esa base comenzamos a tocar. Apreté Rec en la radiocassette y él tomó la guitarra y, con muchos efectos, le agregó otras capas. Era ruido, pero marchaba bien, nos estaba llevando a un lugar agradable. Le hice un gesto de que continuáramos y lo fuimos alargando, cada vez más, agregando ruidos que extrajimos del computador. Y a partir de esos ruidos tocamos los otros instrumentos. Mientras nos hundíamos en ese trance me sentí contento y tuve la impresión de que no habíamos cometido ningún error. De ninguna clase, nada inadecuado, todo en su lugar. Incluso ahora, mientras escucho ese cassette en mi walkman, creo que no cometimos errores. Hasta que, en un momento, mientras tocábamos, nos sentimos conformes. Pero teníamos que terminar, y no lo hicimos mal. Lo escucho atento: hubo un descenso armónico de ruidos, de decibeles. Todo fue diluyéndose: primero las guitarras, después la pista de baterías, luego el bajo y, al último, el sintetizador. Quedaron unos ruidos suaves como un oleaje, a los cuales les fui bajando el volumen hasta dejarlos inaudibles. Quedó por unos minutos, con un volumen inusitado, un leve sonido de estática. Al final, como una exhalación, quedó el sonido de un cassette cuando se acaba.

